

— ¡Inducirán! exclamó Nogueroi.

— Sin duda habéis olvidado que Amparo Gondomar ama a otro hombre, a otra persona que fué día exigiros una satisfacción porque habíais dado la gracia de fijar en ella vuestra mirada.

— ¡Cielos! ¿oísteis al marqués ante aquel recuerdo de vuestro amor, de vuestro amor con nuevos horrores.

— Comprended por lo tanto que es imposible vuestro matrimonio.

— Pero de donde emana esa imposibilidad? se sentó a decir la marquesa sobreponiendo algunos instantes a su leonía. ¿Soy por ventura un elemento para que la memoria de Gondomar no pueda ser mi esposa?

— Ella no os ama.

— ¿Que no me ama, cuando?...

— ¡Silencio! exclamó Mahamud con un ademán imponente que el pobre del marqués hubiera querido que la tierra se hubiera abierto para tragarlo.

— ¡Callaré... por vuestros arguciosos son... contestables; murmuro pálido como un cadáver. Y miró la mano donde poco antes había visto el dard.

— ¡Ah! sus cobardes, replicó el moro. Pero, sino es equivoco, creo que os buscan, marqués. Sin duda han venido el sacerdote y se esperan en el salón de castillo.

— ¿Querí... me dejareis ir? exclamó abrigando un ro de desesperación.

— ¡Vamos a marchar juntos.

— ¿A mi boda?

— No, a la mía.

El marqués creyó que el moro deliraba.

— ¿Cómo a la vuestra? exclamó.

— ¡Vais a saberlo. ¿No se iba a casar la señorita de indones?

— ¡Sí parece.

— ¿Sabéis quién va a ser su marido?

— Creo que me estaba reservada esa felicidad.

— ¿No os corresponde.

— Entonces, ¿quién va a ser su esposo? preguntó queriendo intimidar al sudor. ¡frio que bababa su frente.

— Yo, contestó Mahamud flechando sonriéndose.

Nogueroi hizo uno de esos gestos que no tienen explicación posible. — Creyó que estaba a que estaba a punto de aquel burlón escudado que prohibió la boda del marqués de Obregón Mahamud con un hombre formado, y hasta se encontró con fuerzas para burlarse en aquel instante no se hubiese abierto la tierra y apareciera el mayordomo.

— El sacerdote os espera, señor marqués, dijo estandando.







